Opinión

EN CARICATURAS

Dentelladas del Fiscal



Filbo virtual



Descabelladas propuestas



A la sombra del covid-19

Alfonso Gómez Méndez

Esta pandemia puso patas arriba el mundo y a Colombia. Cambió la política nacional e internacional, la economía, las costumbres sociales y aun las relaciones familiares. En algunos temas puso al descubierto o bien las deficiencias del Estado, o -como lo señala en entrevista para este diario (domingo 26) el expresidente uruguayo y maestro de la vida, Pepe Mujica- la inconveniencia de haber "satanizado" el papel estatal en asuntos claves como la salud.

Pero, de otra parte, ha dado rienda suelta a toda clase de ideas y propuestas -muchas oportunistas o de ramplón populismo- lanzadas en procura de vitrina para sus autores. Muchos políticos han querido aprovechar la ocasión para mantener o adquirir vigencia cabalgando sobre el coronavirus.

Desde luego, hoy todo el mundo es experto en medicina, epidemiología, salud pública; y más de uno aspira a conseguir un prematuro grado como estadista. Aislados en nuestras casas, todos estamos sometidos a lo que digan los informes 'científicos': desde minimizar los efectos del covid-19 hasta asustarnos un día sí y otro, también con la 'chorrera' de muertos que no tendrán sepultura, y que supuestamente estaríamos enterrando en fosas comunes en los parques. El asistencialismo -inevitable en una situación como esta- ha servido para que alcaldes y gobernadores en trance de conseguir votos repartan los mercados colocándoles etiquetas con su nombre o logos políticos, o sus electores, como si hubieren sido comprados de su bolsillo.

En general, los programas asistencialistas aquí y en todas partes se prestan para su aprovechamiento político-electoral, y no faltan quienes, en medio de la angustia, tratan de mostrarse como salvadores con soluciones que suenan bien a gentes desesperadas que no tienen qué comer.

Para mostrarse 'generosos', algunos parlamentarios anuncian con bombos y platillos -más cámara o micrófono incluido- que donan la mitad de su sueldo para luchar contra el coronavirus, gesto que sería hasta noble si no fuera tan publicitado. Pero no sirve para nada ante la magnitud del problema. Lo mejor que pueden hacer los congresistas es cumplir con sus obligaciones, particularmente en el terreno del control político.

En medio de la confusión, a otro se le ocurrió volver al debate sobre el tamaño del Congreso planteando reducirlo a la mitad, para decir que el dinero ahorrado podría destinarse a comprar tapabocas, desinfectantes, jabones o respiradores. Ellos saben que esa idea -que nada tiene que ver con la actual discusión sobre la pandemia- requiere una reforma constitucional que no entraría en vigor antes de dos años, o sea, cuando ya -ojalá con la ayuda de verdaderos científicos- el coronavirus sea cosa del pasado.

El Congreso, antes que donar parcialmente el sueldo para comprar desinfectantes, debería empeñarse en la desinfección moral con el ejercicio implacable del control político.

Y por si algo faltara, otro 'ingenioso' político soltó la idea de pedirle al Presidente que "intervenga" el Congreso... ¿para cerrarlo? Por motivos distintos, pero con una idea igual de peregrina, en 1949 Ospina Pérez lo cerró -ocasionando una ruptura institucional por casi diez años- aduciendo que ¡el funcionamiento del Parlamento era incompatible con el mantenimiento del orden público!

Así, ahora se podría decir que el tratamiento de la crisis derivada del coronavirus es incompatible con el funcionamiento pleno del Congreso. Pero, por fortuna, la idea no tuvo ningún eco más allá de la figuración fugaz de su autor. Muy por el contrario, en situaciones de crisis -y esta es la más grave de todas- es cuando, como lo sugiere el expresidente uruguayo desde la cumbre de sus 84 años, se requiere el funcionamiento pleno del Estado.

El Poder Judicial no puede detenerse y debe 'suspender' la suspensión de términos. La Corte Constitucional seguramente estudiará con rigor toda la legislación de emergencia. Y el Congreso -aun cuando se lo critique- tiene que intensificar el control político, entre otras razones para ejercerlo frente a toda la legislación dictada al amparo del estado de excepción.

La pandemia está reduciendo la vida humana. Pero la del Estado, imposible.

Testimonio de un 'gatólico' practicante



Punto y aparte

Vladdo

No sé por qué, al hablar de seres queridos, solo se mencionan personas, sin tener en cuenta a los animales que nos acompañan. Yo creo que, al referirse a los dueños de sus afectos, uno debe incluir a los cuadrúpedos con los que convive y que pasan con uno más tiempo que cualquier ser humano.

Hace diez años rescaté a una perrita de dos meses que una señora abandonó en una veterinaria. Se llama Lina y es una criatura amorosa, con una cara que conquista a todo el mundo. Como buena cocker, es inquieta como una mosca, traviesa como un mico y mansa como una paloma; jamás ha mordido a nadie. Es un poco irascible, pero solo conmigo; sin embargo, su nobleza me conmueve. De hecho, cuando hace alguna pilatuna y me dispongo a regañarla, ella inclina la cabeza, mira para el suelo y lentamente y por su propia voluntad se dirige al rincón 'de castigo', donde permanece varios minutos, hasta que le aviso que ya puede salir. Es decir, se reprende sola después de que la embarra.

De pequeña era medio destructora. Durante varios días tuve que andar detrás de ella para que no mordiera los cables eléctricos, hasta que un día se ganó un corrientazo al meterle el diente al cable de un computador y salió disparada mientras se orinaba del susto. El susto fue grande, pero el remedio muy efectivo. Luego descubrió la literatura y se dedicó a devorar libros de cuanto género encontraba; costumbre que abandonó al volverse adulta. No obstante, su dulzura e incondicionalidad hacen que uno olvide todos esos daños. Con las mascotas uno aprende que las cosas materiales -incluso los libros- están sobrevaloradas; tal y como lo hemos podido constatar casi todos en estos días de encierro.

Dicho esto, debo admitir que, aunque soy un feliz 'perratenient e', mi debilidad son los gatos. Si hay algo de lo que me arrepiento es de no haber tenido uno propio desde mucho antes en la vida, aunque en mi época de infancia nunca faltaron. Hace cinco años adopté a mi primer peludo, al que bauticé Nepal, pues su pelaje gris y blanco me recordaba las montañas nevadas de la cordillera del Himalaya. Luego, a comienzos del año pasado -también por la vía de la adopción- llegó Bruno. Y hace casi dos meses, a ellos dos se unió Hans, un gordo de color champaña que no pudo vivir con sus humanos originales por temas de alergias.

Como Lina se fue a pasar esta temporada al campo, estos tres locos han sido mi parche permanente a lo largo de la cuarentena, y no puedo imaginar cómo sería el encierro sin ellos. Sus juegos, su elegancia, sus carrerones intempestivos, su sutileza, sus ronroneos, sus cariños han hecho estos días mucho más gratos y divertidos. Al contrario de los mitos populares, los gatos son inteligentes y afectuosos. No en vano han sido compañeros de grandes figuras de la cultura y la historia; desde Jorge Luis Borges hasta Frida Kahlo, pasando por Kurt Cobain, Truman Capote, Marilyn Monroe, Henri Matisse, Elizabeth Taylor, Mark Twain, Ernest Hemingway, Pablo Picasso o Lord Byron, que tenía cinco felinos de los que era inseparable. Algunos de ellos, incluso, hablaban de lo inspiradores que pueden ser los mininos, cosa que me consta; pues cuando estoy atascado con una idea o una frase, ellos terminan soplándome, sin hacerme reproches.

En Colombia, claro, no han faltado 'gatólicos' célebres, como Germán Arciniegas o Bernardo Jaramillo, fan incondicional del perezoso Garfield. Y hoy, personajes como Darío Jaramillo Agudelo, Margarita Rosa de Francisco o Iván Lalinde, entre otros, saben -al igual que yo- que los antiguos egipcios no podían estar equivocados en su devoción por los gatos.

En resumen, estar guardado en la casa es menos aburrido con la complicidad de un gato. Y si es adoptado, mejor todavía.

puntoyaparte@vladdo.com



Cerón y su visión del futuro

Carlos Castillo Cardona

Retorno a la edad oscura

Mi amigo Cerón, hombre de gran corazón, dice que después de tener una vida pulcra, respetuosa de la moral y de la ley, va a terminar sus días con una condena similar a cualquier político corrupto, es decir, a 'casa por cárcel'. El encierro de estos días lo ha sometido a todo tipo de especulaciones y a fantasmagóricas visiones de un futuro que ninguno de nosotros ve, pero que él predice con febril imaginación.

Yo creo que, como aquel de la triste figura, mi amigo ha leído demasiados libros y visto películas en exceso dentro del género de la utopía y la distopía. Por lo tanto, su mente vuela con las alas que le dan algo de *Utopía*, un poco de *Blade Runner* y de *Mad Max*, bastante de *Fahrenheit 451* y de *Mundo feliz*, ni qué decir de *1984* y, como Cerón también es moderno, de *El quinto elemento*.

Él afirma que el futuro no será como lo conocemos. Será peor. Explica que pronto pasarán estos meses dominados por las paparruchadas desquiciadas de Trump, Bolsonaro y Johnson. También se esfumarán las sandeces superfluas de Duque, en este su último papel, inapropiado, de moderador de TV o de *coaching*, con que nos machaca todas las tardes.

Cerón predice que no llegarán las vacunas ni las medicinas eficaces, tampoco los test eficientes. Según las cosas que él lee y dice que no son noticias falsas, los tratamientos que se están aplicando son contraproducentes. El presunto despiste que percibimos en todo el mundo es real. Como los empresarios y accionistas no corren peligro al mandar a los obreros a los frentes de trabajo, morirán los obreros y empleados después de haber infectado a sus familias, tanto a ancianos como a niños, esposas y demás parientes. No servirá ninguna 'bioseguridad', palabreja que han inventado a falta de soluciones reales. La población se reducirá radicalmente, aunque las autoridades no lo reconozcan o no tengan datos o traten de ocultarlo a ultranza. Muertos son muertos. Las ciudades serán las más afectadas por la morbilidad y la muerte. Fallarán todos los intentos de reactivar la economía. La razón sencilla: sin trabajadores no hay economía. Sobrevivirán los accionistas y lo que M. L. Ramírez llama "*the back office*". Pero ellos no producen, sin mano de obra ellos vegetan o, más precisamente, son parásitos.

> El transporte será de tracción animal o humana. La gente tenderá a migrar a los pueblos de sus orígenes o los de sus parientes. Las personas se concentrarán en sus municipios, en sus barrios, sus comunas.

Con los precios a pérdida de la explotación del petróleo, la producción llegará a cero y se anulará la operación de todos los implementos y aparatos, directos o indirectos, que funcionan con ese combustible y sus derivados. El transporte será de tracción animal o humana. La gente tenderá a migrar a los pueblos de sus orígenes o los de sus parientes. Las personas se concentrarán en sus municipios, en sus barrios, sus comunas. De nada servirá, entonces, el intercambio monetario. Solo funcionará el trueque, y eso hará que todos se concentren en producir a pequeña escala, en minifundios, a nivel artesanal. Serán pequeños grupos, dice Cerón con cierto entusiasmo. Pueblos felices con tecnología arcaica, de poco tamaño, baja densidad y muy poca variación de actividades. ¡El regreso a la Edad Media, a los tiempos oscuros!, exclama eufórico.

Pero Cerón sabe que en algún reducto mantendrá un grupo de poder. Los ricos de los ricos. Los que controlarán a los habitantes que no hayan escapado a los drones, la televisión limitada, seguimiento por GPS, las redes sociales, las cámaras de vigilancia, es decir, a todo instrumento de control de personas. Sí, será un círculo limitado de poder debido a la limitación de recursos de la época futura. Pero Cerón no tiene duda, sabe que será pequeño, pero cuanto más pequeño, mayores serán la ambición y la capacidad de explotar a la población sojuzgada. ¡SOS!